ANDREU MARTÍN

De todo corazón

nowtilus

Colección: Narrativa Nowtilus
www.nowtilus.com

Título: De todo corazón
Título original: De tot cor
Autor: © Andreu Martin
Traducción: © Jordi Virallonga

Copyright de la presente edición © 2008 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez
Coordinador editorial: José Luis Torres Vitolas

Diseño y realización de cubiertas:
Diseño y realización de interiores: JLTV
Maquetación: Claudia Rueda Ceppi
Fotografía de Andreu Martín de la solapa: © Ediciones Bromera

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN 13: 978-84-9763-562-2
Fecha de publicación: Octubre 2008

Printed in Spain
Imprime: Gráficas Díaz Tuduri S.L.
Depósito Legal:

Índice

Capítulo 1 11

Capítulo 2 17

Capítulo 3 21

Capítulo 4 25

Capítulo 5 29

Capítulo 6 31

Capítulo 7 35

Capítulo 8 37

Capítulo 9 49

Capítulo 10 53

Capítulo 11 65

Capítulo 12 73

Capítulo 13 83

Capítulo 14 87

Capítulo 15 95

Capítulo 16 101

Capítulo 17 105

Capítulo 18 119

Capítulo 19 121

Capítulo 20 123

Capítulo 21 131

Capítulo 22 137

Capítulo 23 139

Capítulo 24 145

Capítulo 25 149

Capítulo 26 153

Capítulo 27 169

Capítulo 28 181

Capítulo 29 185

Capítulo 30 189

Capítulo 31 199

Capítulo 32 201

Capítulo 33 207

Capítulo 34 215

Capítulo 35 219

Capítulo 36 225

Capítulo 37 229

Capítulo 38 245

Capítulo 39 249

Capítulo 40 257

Capítulo 41 261

Capítulo 42 265

Capítulo 43 269

Capítulo 44 275

Capítulo 45 279

Capítulo 46 283

Capítulo 47 287

Capítulo 48 295

Capítulo 49 303

Capítulo 50 309

Capítulo 51 315

Capítulo 52 317

Capítulo 53 333

Capítulo 54 339

Capítulo 55 343

Capítulo 56 347

1

—Cometí muchos errores —me dijo Tiaguín Moltó, borracho, deprimido, arruinado, los ojos vidrio sos, manos temblorosas de viejo desamparado—. Desde luego, cometí muchos errores, lo reconozco. Hice daño a mucha gente, pero lo he pagado caro, te juro que lo he purgado. Ya sé que no me castigaron por lo que os hice, a vosotros y a tantos otros, pero el caso es que me han puteado muchísimo. Me destrozaron la vida por haber destapado aquel gran fraude de Finansa, donde estaba liada la Iglesia y el Gobierno y la oposición. Descubrí el pastel y me la juraron y, desde aquel día, poco a poco, durante quince horrorosos años, quince años, que se dice pronto, poco a poco pero de manera inexorable, me lo fueron quitando todo. Todo. Me echaron de la tele, me quitaron la cátedra de la universidad, me pusieron el primero en todas las listas negras, no tengo trabajo fijo en ningún periódico, tuve que venderme la casa. Tendrías que ver dónde vivo ahora, un almacén de mierda. Lo he pagado, te lo juro. He vivido en el infierno todos estos años y he tenido tiempo de

arrepentirme de lo que hice. De la ingenuidad de haber destapado el caso Finansa y de todo lo demás. Quince años de condena dan para mucho. Son mucho peor que quince años de prisión.

"¿Qué más tendría que hacer para que me perdonarais mis pecados? ¿Y qué pecados eran, exactamente? ¿Qué delito cometí? No era correcto lo que hacía, de acuerdo, no era ético, no era humano, si quieres, ¡pero no cometí ningún delito! ¡Y no era el único que lo hacía! Muchos de mi colegas, periodistas de prensa escrita, radio y televisión, también lo hacían, y lo han continuado haciendo, y aún peor que yo, ¡y no los han puteado como a mí! ¿Qué más tengo que hacer para que vuelvan a mirarme como a una persona?"

"Yo sé lo que tengo que hacer —cambió de tono teatralmente, con la determinación y la firmeza de quien acaba de ver la luz—. Ahora lo sé. Este encuentro ha sido providencial. Todo el mundo tiene derecho a una segunda oportunidad y esta es la mía. Ahora sé que puedo reparar todo el mal que hice. Explicaré las cosas tal como fueron. El reportaje de mi vida. Resucitaré el caso Finansa pero de manera más astuta, disimuladamente, como quien no quiere la cosa. Son otros tiempos. Me lo quitarán de las manos, volveré a la tele, ganaré dinero, haré que vuelvan a reconocer mi profesionalidad y mi experiencia. ¡Todavía conservo los archivos que un día me hicieron poderoso! ¡Será un reportaje extraordinario, te lo juro! El reportaje que me liberará, que me redimirá, que me devolverá al lugar que me corresponde. Ahora veo la luz al final del túnel.

La reaparición de Tiaguín Moltó en la tele, siete días después, el martes 13 de marzo (¡martes y 13!), San Humberto Cazador y Obispo, fue fugaz, casi furtiva, un instante sin palabras, pero todos los programas del corazón pasaron y repitieron aquellas imágenes tantas veces que resultaría inolvidable.

Aurorita Linares saliendo de su casa con el pelo rubio recogido detrás, chaqueta y falda de cuero negro *Dolce&Gabbana*, una blusa de seda roja y una cadenita de oro con medalla, todo muy sobrio. Hablaba por el móvil e iba precedida por el portero, o criado, o mayordomo, lo que fuera, que arrastraba dos maletas como baúles.

Estaba esperándola un taxi, bueno, un taxi y una masa enloquecida de periodistas, fotógrafos, cámaras de televisión, todos con pollas en la mano, ya sabéis lo que quiero decir, pollas, los micrófonos con capuchones de todos los colores y con el logo de la emisora, que les encanta meter en la boca de cualquiera, trágate el capuchón, trágate el capuchón. Los *flashes* centellearon y se le tiraron encima. Que adónde iba, que si dejaba al marido, que si confirmaba la relación de su marido con una conocida depravada, que si habían discutido, que si le había perdonado, que si era cierto que estaba enganchado a la cocaína, con la polla en la mano, *que te la comes, que te la comes*, querían metérsela en la boca, y de pronto ella da contraorden, no, Fermín, o como se llamara, que no las metas en el taxi, que las metas en aquel otro coche.

Un coche que ya esperaba con el maletero abierto y un tipo al lado que de momento nadie reconoció. Una foca elefancíaca, un cuerpo hinchado por el alcohol que entorpecía sus movimientos, que le alborotaba el pelo grasiento, le ponía los ojos vidriosos y la boca fofa y le vestía de payaso con ropa barata y arrugada, la camisa por fuera, los pantalones caídos por debajo de una barriga como un mundo y deformados por rodilleras. Y, de repente, todo el mundo atónito, *asombro general, la leche*, ¿pero ese no es Tiago Moltó?, ¿qué hace este aquí? Quién le ha visto y quién le ve, hijo de puta. El último recuerdo que tenían de él era un busto parlante por la tele, bien peinado, con aquella media sonrisa torcida y ojos

que jugaban a adivinar el color de los pezones de las señoras. Maestro de periodistas.

Enseguida se vio que estaban hablando por el móvil, los dos, Aurorita Linares y Moltó, uno con el otro, pues era él quien dirigía aquella operación. Y ella, como un corderito, Fermín, mete las maletas en el coche, Aurorita que no contesta ni una puta pregunta, que pasa de prensa y de pollas, y se mete en el coche. Un coche, por cierto, de un color horroroso, como de sangre coagulada y cubierto de polvo, con cristales tan pringosos que casi no se veía a través de ellos. Y, zas, ella que se mete en el coche, él que arranca y *se pierden en el horizonte entre la polvareda que levantaban los cascos de sus caballos*. Zas.

A partir de aquel momento se sabe que Tiaguín Moltó acompañó a Aurorita Linares hasta el aeropuerto y que después fue a comer al bar restaurante La Copa, del cual era asiduo, y había comido y bebido en abundancia, y había hablado de fútbol con el dueño y los parroquianos habituales, había hecho una larga sobremesa de dos o tres whiskys, había pedido que se lo apuntaran todo "en la cuenta", había anunciado que se tenía que duchar y perfumar porque aquella noche tenía juerga y había salido de allí con más alcohol en la sangre del que aconsejaba la prudencia, teniendo en cuenta que tenía que conducir por una carretera llena de curvas hasta la urbanización Cerro del Bosque.

En su casa le estaba esperando un palo de golf.

Un palo de golf que le fracturó el tobillo y, a continuación, las piernas, y los brazos, y le reventó un cojón, y así fue subiendo hasta las costillas para romperle la segunda, la tercera, la cuarta, la séptima, la octava y la décima de la derecha, y la tercera, la cuarta, la quinta, la novena y la décima de la izquierda.

La primera sospechosa del asesinato fue Aurorita Linares, naturalmente, porque todos pensaban que era la última persona que le había visto con vida.

Solo faltaba esto. Primero la Pantoja al trullo por blanqueo de dinero y ahora Aurora Linares sospechosa de asesinato, es que es para cagarse. Decían que la prensa rosa se estaba volviendo crónica negra y, ya lo veis, aquí tenéis el ejemplo.

36

Las declaraciones que había hecho por la mañana Clarisa Oscos me habían aturdido mucho, pero mucho. No tenía pastillas ni alcohol en casa y no quería comprar, no quería comprar no sé por qué pero no quería comprar y recuerdo que paseaba arriba y abajo del comedor, que me costaba respirar, como en un ataque de asma, o de ansia, o como si estuviera a punto de ponerme a llorar y no pudiera arrancar las lágrimas.

¿Llovía, os acordáis? Era un día lluvioso, y a mí los días lluviosos, de baja presión, me afectan mucho, me deprimen, me vienen ganas de romperlo todo. Pero no era entonces. Ya hacía días que me encontraba mal. Hacía días que liberaba mi locura en el gimnasio hasta que no podía más, y corría a hacer mi trabajo de vigilancia, pero ya no me podía hipnotizar con la tele, esto sí que no. El efecto lenitivo de los programas del corazón se evaporaba. Naufragaba en un estado febril que, poco a poco, me iba alejando de la realidad, si entendéis lo que quiero decir.

Ya solo me faltaba enterarme de que Aurorita Linares acudiría aquella tarde al programa de Alma Cortinas para encontrarse con Isabel de Lorca. Ya solo me faltaba esto. Renuncié a verlo y fui a desfogarme al Delicias sin dejar el vídeo grabando ni nada.

Si supe de qué hablaron Aurora e Isabel aquella tarde es porque después lo pasaron muchas veces, pero da igual, no me interesa. No quiero pensar en ello.

Reencuentro de la puta triunfadora y la pobre fracasada. ¿Isabel habló del encuentro que tuvo Tiaguín Moltó aquel día de primeros de marzo? No lo sé, no lo sé, no tuve que haberlo dicho nunca.

Dijo Isabel de Lorca: "Yo fui amante de Tiaguín y del productor Jorge Valdemar al mismo tiempo y Tiaguín me arruinó la vida explicándole todo a Valdemar". Mentira, mentira, ¿por qué tenía que decir esta mentira? La gente va a la tele y, delante de las cámaras, no dice la verdad, dice cualquier cosa que piensa que puede deslumbrar a los espectadores, dice lo que cree que la gente espera que diga. ¿Quién espera encontrar la verdad en la pantalla de un televisor? Todos dicen cualquier cosa, todos inventan, todos manipulan. Lo único que interesa a los directores de la tele es que te quedes mirando su cadena, que no te vayas, y para conseguirlo nunca te dirán la verdad porque la verdad ahuyenta a la gente.

Y bebí como antes, rompiendo la abstinencia de casi un mes, cubata, cubata, cubata, cubata, aunque ya sabía donde me podía llevar aquello, ya lo sabía, claro que lo sabía, pero no podía hacer nada. Y volví a casa arrastrándome por el suelo, renegando del mundo y de la especie humana, con el alma amargada por mi propia miseria. Y cuando hablo de miseria, quiero decir miseria, si queréis entenderme.

Dios mío, cada vez que pienso lo que yo hubiera podido llegar a ser y no soy, cada vez que miro a mi alrededor esta

mierda de piso, esta mierda de ropa que llevo, esta mierda de vida, la hostia, que no me digan que no hay motivos para coger una pistola, una ametralladora, y subir al edificio más céntrico de la ciudad y empezar a liquidar a la puta humanidad, no me digáis que no hay motivos, pero matar de verdad, no como en las películas, no como mata Clarisa Oscos.

Matar de verdad.

39

(*La luz del final del túnel*)

Por la noche Miralles entra en el piso y le sorprende que las luces estén encendidas, como si él ya hubiera llegado. Le sorprende que al final del corredor no le esté esperando el televisor escandaloso. Le resulta tan desconcertante que no se quita la chaqueta ni deja la pistola en el cajón de la consola. Solo avanza hacia adentro estirando el cuello como si una multitud se interpusiera y por fin se topa con una Luisa atareada con una caja de cartón, bloques de porexpan, cables, una pantalla de televisor de plasma y un manual de instrucciones.

—¿Has comprado una tele?

—Se nos ha estropeado la que teníamos —dice ella sin mirarlo.

—¿Y ya está? ¿Se estropea y la tiramos y compramos otra?

—Sí.

—¿Y dónde está la otra?

—Se la han llevada los que han traído esta.

—Pero valdrá mucha pasta...

—Estaba de oferta.

—Pero las cosas no se pueden hacer así. Se estropea la tele, pues la tiramos y compramos una nueva. ¿Es que somos millonarios? ¿No había posibilidad de arreglarla?

Luisa se le enfrenta. Muy enfadada.

—No, no se podía arreglar, ya no se puede arreglar nada. Porque le he dado una patada y la he tirada al suelo y se ha roto en pedazos...

—¡Entonces has sido tú...!

—Y no me da la gana quedarme sin tele, porque me hace mucha compañía...

—¡Es culpa tuya!

—¿Lo has entendido? Me hace mucha compañía y la necesito. Ahora más que nunca. ¡Y si te parece que el principal problema que tenemos es la tele que me he comprado, es que no entiendes nada!

Miralles se queda sin palabras y Luisa, que tiene tantas cosas por decir, baja el tono de voz:

—Preferiría que no durmieras más en esta casa hasta que no arreglemos las cosas.

—¿Qué?

—Que preferiría que no durmieras más en esta casa hasta que no arreglemos las cosas.

—¿Y dónde cojones quieres que duerma?

—En la misma cama donde dormiste ayer.

—No dormí en la cama de... —Miralles se queda con la boca abierta. Se siente idiota—. Ayer dormí en el despacho.

—Y una mierda. Y yo voy y me lo creo.

Miralles se siente vacío como una muñeca hinchable. Es incapaz de ligar una respuesta coherente y contundente y, cuando da media vuelta y se va por el pasillo, parece que es otra persona quien lo mueve, parece una marioneta sin voluntad.

Tres cuartos de hora después se encuentra llamando a la puerta de Nuria Masclau y no sabe cómo ha llegado allí.

Abre la puerta aquel hombre grande, calvo, con gafas que había en la foto con Nuria.

—¿Sí?

Anoche Miralles pensó que se trataba de su padre pero está claro que no lo era, Don Luis Masclau no era tan alto, él había visto su foto más de una vez y no se le parecía en nada. Ayer Miralles no quiso entender la realidad. Este hombre vive en esta casa.

—¿A quién busca? ¿A Nuria?

—Ah, claro, sí, a Nuria —el hombre aún espera—. Ah, soy Pedro Miralles.

—¡Ah! —el hombre grita hacia el interior—: ¡Nuria!, ¡Miralles! —y a él—: Pasa, pasa.

Llega Nuria por el pasillo, con camiseta blanca muy ajustada que le marca los pechos y los pezones, pantalones tejanos que marcan su cintura mínima, descalza.

—Pedro.

El hombre le ofrece la mano abierta.

—Me parece fantástico este experimento de la investigación a través de la novela. No sé si servirá de nada, pero resulta imaginativo y, no lo sé, original.

Miralles le estrecha la mano. Pero no pasa. Ninguno de los tres se atreve a moverse.

—Pasa, pasa, por favor. Nuria dice que vais haciendo progresos. Ayer estuvisteis trabajando hasta tarde, ¿no? Yo estaba de viaje. Lástima, porque me habría gustado participar de... ¿Tienes novedades?

Miralles no se libera del vacío interior, como creía que pasaría al ver a Nuria. Confiaba que, al encontrarse de nuevo con ella, volvería a tocar con los pies en el suelo, se sentiría tridimensional, animoso, vivo. Y no es así. La presencia del hombre calvo con gafas es una poderosa interferencia.

—Es mi compañero —aclara Nuria, aunque no hace falta-, Martín.

Miralles querría irse de aquí pero no sabe como hacerlo.

—Pasa, pasa.

Ya no puede hacerlo. Está atrapado. Nuria ha cerrado la puerta y le acompañan, casi le empujan, hacia el interior del piso luminoso, risueño, ingenuo y decorado con carteles de publicidad antiguos, hasta el salón sin televisor donde ayer se hizo ilusiones.

Roger está sentado en la butaca amarilla.

—¿Hay novedades? —pregunta Nuria.

A Miralles le cuesta responder.

—Oh, sí, bien —improvisa—: Tenemos el retrato robot del asesino. Y estoy dudando si mostrarlo a la prensa o no...

Martín se disculpa:

—Perdonadme. He de estar por Roger. Vosotros id tirando. Toma algo.

Martín y Roger les dejan solos.

Entonces cambian las expresiones de los rostros. Nuria lo ha entendido todo.

—Lo siento. Quizá hubo un equívoco ayer.

—No, no. Bueno, sí... —el equívoco en casa con Luisa.

—¿Quieres tomar algo?

—Sí.

Le trae un vaso con whisky y hielo. Miralles se sienta en una silla porque no quiere quedar repantingado, porque no se siente cómodo, porque no se quiere sentir cómodo, y explica lo que sucedió, con toda sinceridad.

—¿Pero a ti qué te pasa con Luisa? —pregunta Nuria, ingenua.

Las preguntas ingenuas a menudo son las más difíciles de responder.

—Algo se ha echado a perder.

—Y ya está. Y la tiras. Como el televisor. ¿Le has dado una patada y la has enviado a paseo?

—No, no, no es eso.